

obligando al poder á hacer lo que él mismo hubiera hecho. Así el gabinete se veía arrastrado á la guerra por su misma debilidad, casi tan de fijo como si formar parte de él Windham, Grenville y Dundas.

Addington y Hawkesbury se veían ahora muy apurados por el ruido que habían levantado con los acontecimientos de Suiza, ya conservando á Malta, ya contestando á una frase altiva del primer cónsul con un mensaje dirigido al parlamento. Mucho se hubieran holgado de encontrar un expediente cualquiera para salir del embarazo; pero desgraciadamente se habían puesto en una situación en que todo lo que no fuera la conquista definitiva de Malta debía parecer insuficiente en Inglaterra, y provocar un desbordamiento al cual habrían de sucumbir. En cuanto á Malta no había esperanza alguna de obtenerla del primer cónsul.

Para ayudarles á salir del apuro, les insinuó Mr. de Talleyrand que un convenio en que se estipulase, por ejemplo, la evacuación de la Suiza y de la Holanda, como recompensa de la evacuación de Malta, y por la cual se obligasen mutuamente á respetar la integridad del imperio turco, sería quizás un medio eficaz de calmar la opinión pública en Inglaterra y de disipar sus recelos.

No correspondía esta proposición con los deseos de los ministros ingleses, porque la isla de Malta era la condición absoluta que les habían impuesto los dominadores de su debilidad. Había que satisfacer la codicia suscitada por su yerro, ó sucumbir en pleno parlamento. Sin embargo, estaban persuadidos de que acabarían cubriéndose con el ridículo á los ojos de Inglaterra, de Francia y de Europa, si continuaban permaneciendo en una posición equívoca, sin atreverse á hacer lo que querían. Por fin patentizaron sus pretensiones el 13 de abril (1803). Por causa de los recelos que el primer cónsul les inspiraba sobre el Egipto, necesitaban, tal era su lenguaje, la posesión de Malta como medio de vigilancia capaz de tranquilizarlos. Ofrecían dos hipótesis: ó la posesión perpetua por la Inglaterra de los fuertes de la isla dejando el gobierno civil á la orden; ó bien la misma posesión por espacio de diez años con la condición de entregar los fuertes expirado aquel término, no á la orden, sino á los mismos malteses. En ambos casos debía obligarse Francia á cooperar á una negociación con el rey de Nápoles para obtener de este príncipe que cediese á Inglaterra la isla de Lampedusa, poco distante de Malta, con el objeto declarado de convertirla en establecimiento marítimo.

Trató lord Withworth de que admitiese Mr. de Talleyrand estas demandas, y aun se dirigió al hermano del primer cónsul, José, el cual temía tanto como Mr. de Talleyrand los azares de una lucha desesperada en que sería preciso arriesgar quizá toda la grandeza de los Bonaparte. Prometió José sus buenos oficios cerca de su hermano, pero sin gran esperanza de lograr el fruto deseado. La única proposición que le parecía poder prevalecer con el primer cónsul era la de dejar por cierto tiempo, pero corto, la posesión de las fortalezas de Malta á los ingleses manteniendo la existencia de la orden con toda solicitud para que pudieran restituírsele en breve otras fortalezas, y conceder á la Francia en recompensa el reconocimiento inmediato de los nuevos Estados de Italia. Con este ánimo José y Mr. de Talley-

rand intentaron los mayores esfuerzos para decidir al primer cónsul. Encarecíanle la conservación de la orden de San Juan de Jerusalén, como testimonio cierto á los ojos del público de que la ocupación de los fuertes sería transitoria, y que con este medio se salvaba la dignidad del gobierno francés. Pero el primer cónsul mostró una tenacidad invencible; todos estos temperamentos le parecieron indignos de su carácter. Dijo que mejor sería abandonar lisa y llanamente la isla de Malta á los ingleses; que sería este hecho una especie de indemnización concedida voluntariamente á la Inglaterra por las supuestas invasiones de la Francia después de la paz de Amiéns; que la concesión, explicada de este modo, tendría al menos cierto viso de lealtad y franqueza, y aparecería más bien como un acto de justicia voluntario que como una debilidad; que por el contrario, la posesión de Malta, concedida en realidad (puesto que los fuertes constituían la isla entera, y el término de unos cuantos años equivalía á la perpetuidad), concedida en realidad, pero simulada, sería indigna de él; que nadie lo desconocería, y que finalmente, en los mismos esfuerzos que hiciese para disfrazar aquella concesión se reconocería el convencimiento de su propia debilidad. «¡No, dijo, Malta ó nada! Pero el dominio de Malta es la dominación del Mediterráneo, y nadie creerá que pueda yo consentir en dejar la dominación del Mediterráneo á los ingleses sin tener miedo de habérmelas con ellos; pierdo, pues, la mar más importante del mundo y la opinión de la Europa que cree en mi energía, y que la cree superior á todos los peligros. — Pero de todos modos, respondía Mr. de Talleyrand, los ingleses están apoderados de Malta, y con romper con ellos no se les arranca la isla. — Sí, replicó el primer cónsul; mas no cederé yo sin combatir una ventaja inmensa; la disputaré con las armas en la mano, y tengo esperanza de reducir á los ingleses á tal estado, que no sólo me entreguen á Malta, sino más todavía; y no cuento con que si llego á Douvres concluyeron para siempre esos tiranos de los mares. Por otra parte, puesto que habrá que combatir tarde ó temprano con un pueblo que no puede tolerar la grandeza de la Francia, mejor es hoy que más adelante; no ha embotado aún una paz dilatada la energía nacional; yo soy joven; la sinrazón, más palpable que nunca, está de parte de los ingleses. Concluyamos de una vez. Malta ó nada, repetía sin cesar; pero no serán ellos los que la ganen.»

No obstante, consintió el primer cónsul en negociar la cesión de Lampedusa ó de cualquiera otra pequeña isla del Norte del Africa á los ingleses; pero siempre con la condición de que habían de evacuar á Malta inmediatamente. «Tengan en buen hora, decía, un punto de descanso en el Mediterráneo; mas no quiero que logren en esa mar dos Gibraltares, uno á la entrada y otro en el centro.»

Esta respuesta causó á lord Withworth el mayor disgusto, y de accesible que se mostró en un principio mientras tuvo esperanza de lograr su deseo, se trocó en áspero, altanero y casi descortés. Pero Mr. de Talleyrand se había propuesto soportarlo todo para precaver ó retrasar al menos el rompimiento. Lord Withworth dijo á Mr. de Talleyrand que si el primer cónsul cifraba su honor en lo que no debía cifrarlo, poco se le daba á la Inglaterra; que no era ésta uno de esos pequeños Esta-

dos á los cuales podía dictar sus voluntades y someter á su modo particular de interpretar el honor y la política. Mr. de Talleyrand respondió con calma y dignidad que la Inglaterra por su parte no tenía el derecho de exigir, so pretexto de desconfianza, el desamparo de uno de los puntos más importantes del globo; que no había en el mundo potencia que pudiera imponer á las demás las consecuencias de sus sospechas, fundadas ó infundadas; y finalmente, que semejante modo de hacer conquisitas sería sumamente cómodo, puesto que no habría más que alegar inquietud para creerse autorizado á apoderarse de cualquiera porción de la tierra.

Comunicó lord Withworth esta respuesta al gabinete inglés, el cual viéndose estrechado entre la evacuación de Malta, que miraba como la señal de su caída y la guerra, tomó la culpable resolución de preferir la guerra, esto es, una lucha á muerte contra el único hombre capaz de exponer á la Inglaterra á graves peligros. Una vez tomada esta resolución, conceptuó el gabinete, para agrandar aún más al partido bajo cuya dominación se había constituido, que era preciso mostrarse brusco, arrogante y pronto á un rompimiento. Se prescribió á lord Withworth que exigiese la ocupación de Malta por diez años al menos, la cesión de la isla de Lampedusa, la evacuación inmediata de la Suiza y de la Holanda, una indemnización concreta y determinada para el rey del Piamonte, y que ofreciese por vía de compensación el reconocimiento de los Estados italianos. A estas órdenes se le agregó el mandato de pedir inmediatamente sus pasaportes caso de no admitirse las condiciones de Inglaterra.

El despacho era del 23 de abril y llegó á París el 25; el 2 de mayo expiraba el término fatal. Hizo lord Withworth varias tentativas de acomodamiento con Mr. de Talleyrand, porque él mismo estaba aterrado pensando en el rompimiento: Mr. de Talleyrand por su parte ponía su empeño en persuadirle que no había la menor esperanza de obtener la isla de Malta, ni por diez años ni por menos tiempo, y que era preciso pensar en otra especie de arreglo; pero al mismo tiempo procuraba por el giro de sus respuestas evitar una conclusión inmediata. Lord Withworth, entrando de lleno en sus intenciones, estaba resuelto á no anticipar el término prefijado. En efecto, ninguno, por atrevido que fuese, miraba sin espanto las consecuencias de una guerra semejante: sólo los ministros ingleses, que querían salvar á toda costa su triste existencia, y el primer cónsul, que arrostraba todos los azares de una lucha espantosa para sostener el honor de su gobierno y la preponderancia de la Francia en el Mediterráneo, permanecían inexorables en tal conflicto. Llegaron, pues, lord Withworth y Talleyrand al séptimo día sin que hubiese rompimiento.

Finalmente el 2 de mayo, no atreviéndose lord Withworth á faltar á las órdenes de su corte, pidió sus pasaportes. Para ganar aún tiempo le respondió Mr. de Talleyrand que iba á someter su deseo al primer cónsul, y le rogó de nuevo que no lo llevase á mal, asegurándole que tal vez á fuerza de buscarlo se hallaría un modo imprevisto de arreglarlo todo. Vió en efecto Talleyrand al primer cónsul, conferenció con él largo tiempo, y esta conferencia produjo una nueva proposición asaz ingeniosa: consistía en depositar la isla de Malta en manos del emperador de Rusia, dejándosela mientras se ter-

minaban las diferencias ocurridas entre la Francia y la Inglaterra. Semejante combinación debía quitar á los ingleses todo pretexto de desconfianza, porque no podía ponerse en duda la lealtad del joven emperador que se constituía, por decirlo así, árbitro de la contienda. Por una singular oportunidad acababa este príncipe de escribir, respondiendo á las comunicaciones del primer cónsul, que estaba pronto á ofrecer su mediación si por este medio podía evitarse la guerra; y el rey de Prusia, partícipe del mismo deseo, se le había unido para hacer igual ofrecimiento. Había, pues, completa seguridad de que estos dos monarcas tomarían sobre sí voluntariamente el peso de una mediación. Negarse á ésta era probar que no había sombra de temor por lo tocante á Malta, ni en lo concerniente al Egipto, puesto que no era bastante garantía un depositario imparcial, sino que lo que se deseaba era una conquista para la nación y un pretexto para el parlamento.

Holgándose Mr. de Talleyrand del expediente que se le había ocurrido, pasó á ver á lord Withworth para amonestarle que demorase su partida, é invitarle á transmitir á su gabinete la nueva proposición. Pero eran tan positivas las órdenes que este embajador había recibido, que no se atrevía á faltar á ellas; no obstante, cedió al temor de dar un paso, quizás irreparable, recogiendo inmediatamente sus pasaportes, por lo cual despachó un correo á Londres con las últimas ofertas del gabinete francés, disculpándose de la dilación que se tomaba la libertad de usar en el cumplimiento de las órdenes de su corte.

Despachó también Mr. de Talleyrand un correo extraordinario al general Andreossy, el cual desde las últimas comunicaciones no había vuelto á ver á los ministros ingleses, y le mandó que intentase con ellos un paso decisivo. Obedeció el general francés, y les habló con el lenguaje de la prudencia y de la probidad; les manifestó que si la intención no era adquirir la isla de Malta en menosprecio de los tratados, no podía alegarse motivo alguno para no consentir en que aquella prenda preciosa quedase depositada en manos poderosas, desinteresadas y completamente seguras. Pareció Addington convencido, porque en el fondo deseaba una solución pacífica. Decía con bastante candor este presidente del gabinete que deseaba ser ilustrado, expresaba cuánto sentía no serlo lo suficiente en tan grave coyuntura, y permanecía indeciso entre el temor de cometer una debilidad y el de provocar una guerra funesta. Lord Hawkesbury, más ambicioso y más enérgico, estuvo inexorable, y el gabinete después de haber deliberado desechó la proposición. Se quería satisfacer la ambición nacional y hasta entregar la isla de Malta á un tercero desinteresado; esto era faltar al objeto. Por otra parte, entregarla á un tercero desinteresado equivaldría probablemente á perderla para siempre, pues bien sabido era que no había en el mundo árbitro alguno que pudiese fallar en favor de la Inglaterra en semejante cuestión. Para paliar la repulsa de esta última proposición, se echó mano de un argumento de todo punto falso; se suponía que había certeza de que la Rusia no aceptaría el cargo que se la quería atribuir; pero constaba lo contrario, porque la Rusia acababa de ofrecer su mediación, y más adelante, al saber la última proposición del gobierno francés, se apresuró á declarar

que consentía en ella á pesar de los peligros anejos al depósito que se quería poner en sus manos. Sin embargo, los ministros ingleses quisieron reservarse una postrera esperanza de obtener á Malta, é imaginaron un expediente muy poco admisible. Juzgando al primer cónsul por sí mismos, creyeron que sólo se negaba ceder la isla por temor á la opinión pública, y en virtud de esto propusieron que añadiendo algunos artículos patentes al tratado de Amiéns, la obligación de dejar á las tropas inglesas en posesión de Malta fuese objeto de un artículo secreto. Los artículos patentes debían prescribir que la Suiza y la Holanda serían inmediatamente evacuadas, que el rey de Cerdeña recibiría una indemnización territorial, que los ingleses obtendrían la isla de Lampedusa, permaneciendo entretanto en Malta. En el artículo secreto debía decirse que su permanencia en Malta duraría diez años.

Esta respuesta, deliberada el 7 de mayo y despachada el mismo día, llegó á París el 9. Al día siguiente lord Withworth la trasladó por escrito á Mr. de Talleyrand, á quien no le fué posible ver, por hallarse el ministro ocupado con el primer cónsul, indispuesto á la sazón de resultados de un vuelco de carruaje. Cuando vió éste que se le proponía un artículo secreto, se mostró indignado y mandó que no se le volviera á hablar en manera alguna de semejante proposición. Imaginó á su vez un último expediente, que venía á reducirse á un modo sagaz de mantener las dos ambiciones nacionales en equilibrio, así desde el punto de vista de las ventajas reales positivas, como por lo tocante á las ventajas de mera apariencia. Consistía este expediente en dejar á los ingleses permanecer en Malta por un tiempo indeterminado, pero con la condición de que los franceses habían de ocupar por un tiempo igual el golfo de Tarento. Este medio presentaba muy grandes ventajas de circunstancias. Los ministros ingleses ganaban en cierto modo la apuesta que, por decirlo así, habían hecho de lograr la isla de Malta; los franceses ocupaban una posición en el Mediterráneo, y no podían menos de desear intervenir en breve todas las potencias, esforzándose en dejar á Malta libre de los ingleses para que los franceses saliesen del reino de Nápoles. Pero no quería el primer cónsul proponer este nuevo arreglo, sin tener antes esperanza de que sería aceptado, por lo cual dió á Mr. de Talleyrand instrucciones de conducirse en este último paso con extremado pulso y mesura.

Al otro día, 11 de mayo, á cosa de las doce, vió Mr. de Talleyrand á lord Withworth, díjole que un artículo secreto era inadmisibile, pues no quería el primer cónsul engañar á la Francia sobre la extensión de las concesiones hechas á la Inglaterra, que no obstante podía aún hacerse una proposición cuyo resultado sería ceder la isla de Malta, pero con la condición de adjudicar á la Francia algo equivalente. Declaró lord Withworth que no podía admitir más proposiciones que la remitida por su gabinete, y que después de haber cargado ya una vez con la responsabilidad de demorar su partida, no le era posible volverla á retrasar sin una adhesión terminante á lo que su gobierno pedía. Nada replicó Mr. de Talleyrand á esta declaración, y se separaron los dos ministros, muy apesadumbrados uno y otro de no haber podido conducir el negocio á una avenencia. Lord Withworth pidió sus pasaportes para el

día siguiente, pero manifestando que viajaría con lentitud, y que aún habría tiempo de escribir á Londres y de recibir contestación antes que él se embarcase en Calais. Se convino en que los dos embajadores se canjearían en la frontera, esperando lord Withworth en Calais que el general Andreossy hubiese llegado á Douvres.

Grande era la curiosidad en París. A la puerta de la casa del embajador de Inglaterra había constantemente un gentío inmenso, ansioso de ver si en realidad hacía sus preparativos de viaje. Al día siguiente, después de haber esperado aún la jornada entera dando al gabinete francés cuanto tiempo le fué posible para reflexionar, salió lord Withworth con dirección á Calais, viajando muy despacio. El rumor de su partida produjo gran sensación en París, y todos previeron que aquel nuevo período de guerra iba á señalarse con inmensos acontecimientos.

Había enviado Mr. de Talleyrand un correo al general Andreossy, trasladándole la nueva proposición de permitir á los franceses á ocupar á Tarento, á trueque de la ocupación de Malta por los ingleses. Esta proposición debía hacerse por el ministro de Holanda Schimmelpennink, no en nombre de la Francia, sino como idea suya personal, de cuyo buen éxito estaba seguro. Sometida la idea al gabinete británico, fué desechada, y el general Andreossy tuvo que dejar la Inglaterra. La ansiedad pública que se manifestó en Londres fué enteramente igual á la que se observó en París; en aquellos días estuvo incesantemente lleno el salón del parlamento, y todos preguntaban á los ministros noticias sobre la negociación. Al tomarse una determinación de aquella especie, cedió el ardor belicoso, y cundía el temor por las consecuencias de una lucha desesperada. El pueblo de Londres no deseaba que se renovase la guerra; sólo se mostraban satisfechos el partido Grenville y el comercio.

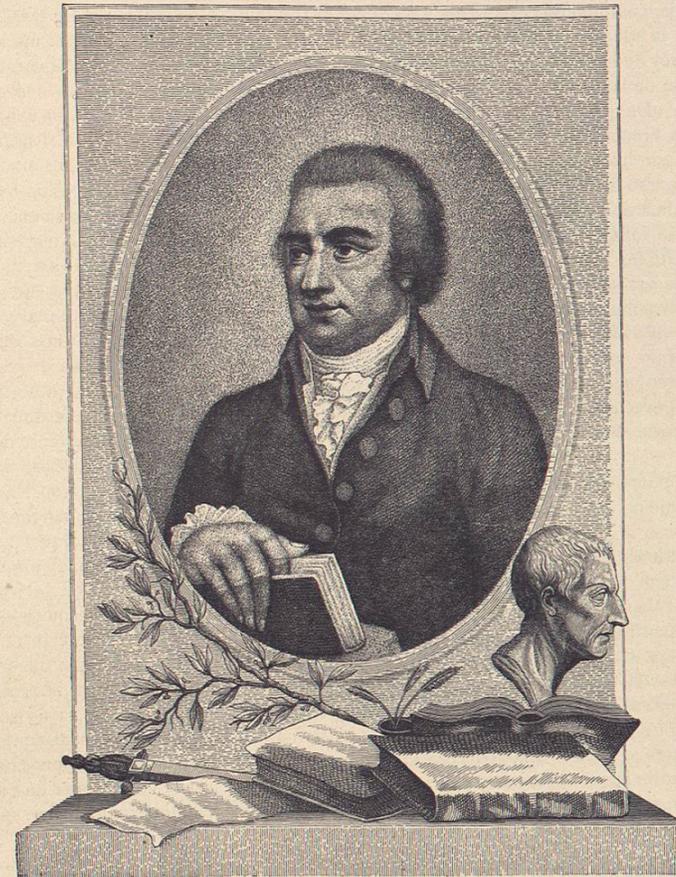
Acompañaron al general Andreossy en su partida grandes miramientos y un pesar visible. Llegó á Douvres al mismo tiempo que lord Withworth llegó á Calais, es decir, el 17 de mayo; y lord Withworth se trasladó inmediatamente al otro lado del estrecho. Fué presuroso á visitar al embajador francés, le colmó de muestras de aprecio, y él mismo le condujo á bordo del buque que debía trasladarle á Francia. Separáronse los dos embajadores en presencia de un gentío lleno de emoción, de inquietud y tristeza. Parecía como si en aquel momento solemne se despidieran las dos naciones para no volverse á ver hasta después de una tremenda guerra y de consumado el trastorno del mundo. ¡Cuán diversos hubieran sido sus destinos, si como había dicho el primer cónsul, aquellas dos potencias, marítima la una y la otra continental, se hubieran unido y completado mutuamente para arreglar en paz los intereses del universo! ¡Más rápidos hubieran sido los pasos de la civilización general; la independencia futura de la Europa hubiera quedado para siempre asegurada, y no hubieran preparado las dos naciones la dominación del Norte sobre el Occidente dividido!

Tal fué el lastimoso fin de aquella breve paz de Amiéns.

No disimularemos la vivacidad de nuestros sentimientos nacionales; mucho nos pesaría dar la sinrazón á la Francia, pero lo haríamos sin titubear si nos pare-

ciese que la justicia no estaba de su parte; así lo haremos siempre que por desgracia eso suceda, porque la verdad es el primer deber del historiador. Sin embargo, después de reflexionar maduramente sobre este grave asunto, no podemos menos de absolver á la Francia

y el tratado de Amiéns era de marzo del año 1802. La constitución del reino de Etruria, la cesión de la Lusiñana y del ducado de Parma á la Francia, eran hechos ya públicos antes de aquella misma época de marzo del año 1802; y añádese que en el congreso de Amiéns casi



THE RIGHT HON.
CHARLES FOX

MEMBER IN THE HOUSE OF COMMONS

(según un grabado de Cornorotto; original de F. Sloane).

sobre la renovación de la contienda entre ambas naciones. Condújose el primer cónsul en estas circunstancias con entera buena fe. Confesamos que cometió sinrazones de fórmula, pero en estas mismas incurrió también la Inglaterra. Por lo que hace á la esencia de las cosas, nunca procedió contra justicia. Las quejas de aquella sobre el cambio verificado en la situación relativa de los dos Estados después de la paz, carecían de fundamento. En Italia, la república italiana había elegido por presidente al primer cónsul; pero eso en realidad en nada alteraba la dependencia de dicha república, que ni existía ni podía existir sino por la Francia. Por otra parte, este acontecimiento ocurrió en el mes de febrero,

había prometido la Inglaterra el reconocimiento de los nuevos Estados de Italia. La reunión del Piamonte era un hecho igualmente previsto y otorgado en las negociaciones de Amiéns, puesto que el negociador inglés había hecho varios esfuerzos para lograr una indemnización para el rey del Piamonte. La Suiza y la Holanda estuvieron siempre ocupadas por nuestras tropas, así durante la guerra como en tiempo de paz, y en varias comunicaciones había reconocido lord Hawkesbury que nuestra influencia en aquellos Estados era una consecuencia de la guerra, y que siempre que fuese definitivamente reconocida su independencia no se suscitaba reclamación ninguna. La Inglaterra, pues, no podía su-

poner que la Francia dejase consumar en Suiza ó en Holanda, esto es, á sus mismas puertas, una contrarrevolución sin tomar parte en ella. Por lo que hace á las secularizaciones, eran un acto forzoso por razón de los tratados, acto lleno de justicia y de moderación, ejecutado á medias con la Rusia, consentido por todos los Estados de Alemania, comprendida el Austria, y corroborado por fin con la adhesión del mismo rey de Inglaterra, que, como rey de Hannover, se había conformado con la distribución de las indemnizaciones sumamente ventajosa para él. ¿De qué, pues, se podía censurar en el continente á la Francia? De su sola grandeza, grandeza sancionada por los tratados, admitida por la Inglaterra en el congreso de Amiéns, más notable en verdad durante la calma de la paz y en el curso de las negociaciones que su influjo y su destreza decidían de una manera irresistible.

La acusación de sus supuestas miras sobre el Egipto era un pretexto frívolo, porque el primer cónsul no tenía mira ninguna en aquella época, y el coronel Sebastiani sólo había sido enviado de observación con el único objeto de averiguar con certeza si los ingleses estaban dispuestos á evacuar á Alejandría. Ninguna duda deja sobre este punto el examen de los más secretos documentos.

¿En qué, pues, podía fundarse la extraña violación del tratado de Amiéns con respecto á Malta? Basta para explicarla traer á la memoria los acontecimientos ocurridos en los últimos quince meses.

Los ingleses, vehementes en sus pasiones como todo pueblo grande, deseaban en 1802, después de diez años de lucha, un momento de reposo, y anhelábanlo con ardor como se anhela todo cambio. Este sentimiento, avivado por la miseria de las clases trabajadoras en 1801, llegó á convertirse en uno de esos impulsos que en los gobiernos libres deciden de la elevación ó de la caída de los ministerios. Pitt se retiró; sucedióle el débil ministerio de Addington, y éste celebró la paz con condiciones explícitas perfectamente claras para su nación y para el mundo todo. Concedió los medros que la Francia había adquirido en los últimos diez años, porque con otras condiciones la paz era imposible. Pasados algunos meses se creyó que esta paz no correspondía de lleno á las esperanzas que había hecho concebir; pero ¿cuándo en la tierra pudo la realidad igualarse con la esperanza? Vieron los ingleses á la Francia, grande ya por la guerra, engrandecerse con las negociaciones y con los trabajos de la industria y del comercio; y la envidia se apoderó nuevamente de su corazón. Pidieron un tratado de comercio, al cual se negó el primer cónsul, convencido de que las manufacturas francesas recientemente creadas no podían prevalecer sin una protección energética. No obstante, los fabrican-

tes ingleses estaban satisfechos, porque el contrabando les proporcionaba todavía grandes salidas. Pero el alto comercio de Londres, alarmado por la competencia con que le amagaban los pabellones francés, español, holandés y genovés, que surcaban nuevamente los mares, privado de las usuras de los empréstitos, ligado por el partido de Pitt, Windham y Grenville, se mostró hostil, mucho más hostil aún que la misma aristocracia inglesa. Estaba en relaciones íntimas con la Holanda, y se quejaba sin cesar del dominio que en aquella región ejercía la Francia. Verificada la contrarrevolución en Suiza por la misma buena fe del primer cónsul, harto presuroso en evacuar aquel territorio, fué preciso volver á entrar en él. Esto dió ocasión á un nuevo pretexto para la Inglaterra. El desbordamiento llegó en breve á su colmo, y el partido de la guerra, compuesto del comercio superior con Mr. Pitt á su cabeza, ausente del parlamento, y los Grenvilles presentes á todas las discusiones, incitaba visiblemente al rompimiento. La prensa británica se entregó al más odioso desenfreno, dando margen á que la prensa de los emigrados franceses se aprovechase de aquel desorden para exceder en violencia á todos los periódicos ingleses.

Desgraciadamente un ministerio débil, que quería la paz, pero que temía al partido de la guerra, conternado por el rumor que suscitaban los acontecimientos de Suiza, cometió el yerro de dar contraorden sobre la evacuación de Malta. Desde aquel instante quedó la paz sacrificada irrevocablemente, porque una vez lisonjeada la ambición inglesa con la soberbia presa de aquella isla, no era ya posible quitársela. Desvanecida por la prontitud y la moderación de la intervención francesa en Suiza la queja á que dieron origen sus disturbios, el gabinete británico hubiera muy de grado hecho evacuar á Malta; pero ya no se atrevía á mandarlo. Intimóle el primer cónsul con el lenguaje de la justicia y del orgullo ofendido que cumplierse el tratado de Amiéns, y de una intimación en otra se vino á parar en el deplorable rompimiento que acabamos de referir.

De este modo los verdaderos autores de la guerra sólo fueron la aristocracia comercial inglesa, mucho más activa en aquellas circunstancias que la antigua aristocracia nobiliaria ligada con los ambiciosos del partido tory, auxiliada por los emigrados franceses, mal reprimida por un ministerio débil; ella, y sus asociados que excitaron y provocaron á un carácter impetuoso ímbuido en el doble convencimiento de su fuerza y de la justicia de su causa. Creemos ser verídicos y justos denunciándolos á la posteridad con esos caracteres, á la posteridad que pesará todas nuestras sinrazones en una balanza tanto más fiel y segura cuanto será más insensible y serena la mano que la sostenga.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAMPAMENTO DE BOLOÑA

Mensaje del primer cónsul á las grandes corporaciones del Estado y contestación de las mismas. — Palabras de Mr. de Fontanes. — Violencia de la marina inglesa contra el comercio francés. — Represalias. — Las municipalidades y departamentos por un movimiento espontáneo ponen á disposición del gobierno barcos chatos, fragatas y navíos de línea. — Entusiasmo general. — Reunión de la marina francesa en los mares de Europa. — Estado en que pone la guerra á las colonias. — Continuación de la expedición de Santo Domingo. — Invasión de la fiebre amarilla. — Destrucción del ejército francés. — Muerte del capitán general Leclerc. — Insurrección de los negros. — Ruina definitiva de la colonia de Santo Domingo. — Regreso de las escuadras. — Carácter de la guerra entre Francia é Inglaterra. — Fuerzas comparadas de las dos naciones. — Resuélvese osadamente el primer cónsul á hacer una irrupción. — Dispónela con actividad extraordinaria. — Construcciones en los puertos y en los ríos. — Formación de seis campamentos desde el Texel hasta Bayona. — Medios pecuniarios. — No quiere el primer cónsul recurrir á un empréstito. — Venta de la Luisiana. — Subsídios de los aliados. — Concurrencia de la Holanda, Italia y España. — Incapacidad de la España. — Dispénsala el primer cónsul del cumplimiento del tratado de San Ildefonso con la condición de que le preste un subsidio. — Ocupación de Otranto y del Hannover. — Modo de pensar de todas las potencias acerca de la nueva guerra. — El Austria, la Prusia y la Rusia. — Sus ansiedades y sus miras. — Pretende la Rusia cercenar los recursos de las potencias beligerantes. — Ofrece su mediación y acéptala el primer cónsul con calculada gratitud. — La Inglaterra responde con frialdad á los ofrecimientos de su grande expedición. — Acompáñale madama Bonaparte. — Reúne el trabajo más activo con todas las magnificencias reales. — Amiéns, Abbeville, Boloña. — Medios que imagina el primer cónsul para transportar un ejército de Calais á Douvres. — Buques de tres especies. — Sus cualidades y defectos. — Escuadrilla de guerra y flotilla de transporte. — Inmenso establecimiento marítimo erigido en Boloña como por encantamiento. — Proyecto de reconcentrar en Boloña dos mil buques cuando se terminen las construcciones en los puertos y ríos. — Preferencia de Boloña á Dunkerque y á Calais. — El Estrecho, sus vientos y corrientes. — Apertura de los puertos de Boloña, Etaples, Wimereux y Ambletusa. — Obras destinadas á proteger el fondeadero. — Distribución de las tropas á lo largo de la mar. — Sus faenas y ejercicios militares. — Después de haberlo examinado y arreglado todo, deja el primer cónsul á Boloña para visitar á Calais, Dunkerque, Ostende y Amberes. — Proyecto sobre Amberes. — Detención en Bruselas. — Concurrencia de los ministros, embajadores y obispos en esta ciudad. — El cardenal Caprara en Bélgica. — Viaje á Bruselas de Mr. Lombard, secretario del rey de Prusia. — Procura el primer cónsul tranquilizar al rey Federico Guillermo con el lenguaje franco de sus comunicaciones. — Regreso á París. — Quiere el primer cónsul poner término á la mediación de la Rusia, y anuncia una guerra á muerte con Inglaterra. — Quiere finalmente obligar á España á explicarse y á cumplir el tratado de San Ildefonso, dejando á su elección los medios de hacerlo. — Conducta extraña del príncipe de la Paz. — El primer cónsul se insinúa con el rey de España denunciándole los manejos é incapacidad de este favorito. — Triste degradación de la corte de España. — Sométese ésta y promete un subsidio. — Continúan los preparativos de Boloña. — Dispónese el primer cónsul á realizar su empresa en el invierno de 1803. — Proporcionase un apeadero cerca de Boloña en el Pont-de-Briques, y preséntase en él con frecuencia. — Reunión de todas las divisiones de la escuadrilla en la Mancha. — Gloriosos combates de las chalupas cañoneras contra varios bergantines y fragatas. — Confianza que la expedición inspira. — Unión íntima entre marineros y soldados. — Esperanzas de una próxima realización. — Suscesos imprevistos que llaman momentáneamente la atención del primer cónsul hacia los negocios interiores.

La afición á la guerra que naturalmente debía suponerse en el primer cónsul, le hubiera hecho sospechoso ante la opinión pública de la Francia y hubiera sido causa de que se le censurara quizá de haber mostrado una premura excesiva en llegar á un rompimiento, si la Inglaterra no hubiera tomado sobre sí el cargo de justificarle completamente con la violación manifiesta del tratado de Amiéns. Pero era evidente para todos que no había sabido resistir aquélla la tentación de apropiarse la isla de Malta, proporcionándose de este modo una compensación poco legítima de nuestra grandeza. Aceptábase, pues, el rompimiento como una exigencia del honor y del interés, aun cuando se desechara toda ilusión acerca de sus consecuencias. Sabido era que la lucha con la Inglaterra se podía convertir en cualquier momento en guerra con la Europa; que su duración era tan incalculable como su extensión, por no ser cosa expeditiva el ir á terminarla en Londres como se podía ir á las puertas de Viena á terminar una contienda con

el Austria. Debía además dar un golpe mortal al comercio, porque en breve tendrían que quedar cerrados los mares. Sin embargo, había dos consideraciones que disminuían mucho el pesar de la Francia: con un caudillo como Napoleón, la guerra ya no era una señal para cometer nuevos desórdenes interiores; y además quedaba la lisonjera esperanza de presenciar quizá alguna maravilla de su genio que terminase de un solo golpe la inveterada rivalidad de ambas naciones.

El primer cónsul, que quería en estas circunstancias guardar toda clase de miramientos con la opinión pública, se condujo como hubiera podido hacerlo bajo el gobierno representativo más antiguo. Convocó al senado, al cuerpo legislativo y al tribuno, y les comunicó los documentos de la negociación más dignos de su conocimiento. Podía en efecto prescindir con confianza de todo disimulo, porque salvos algunos ímpetus de su carácter violento nada tenía en el fondo que echarse en cara. Contestaron aquellas tres corporaciones á la